

Jóvenes alcohólicos: sujetos frágiles

SOSPECHÁBAMOS que

los jóvenes bebían más que antes por las ruidosas borracheras en las sufridas zonas céntricas de la ciudad, por las botellas extendidas en parques y plazas, después del consumo del calimocho, o por los jóvenes semi-inconscientes con los que nos topábamos. Un reciente encuentro internacional en Madrid vino a confirmar nuestra sospecha. El alcohol se ha convertido para algunos jóvenes en una especie de rito de iniciación, de pasaje de la niñez a la juventud.

Según datos aportados por el delegado del Plan Nacional sobre Drogas, del 1,1 por 100 de los españoles que se emborrachan a diario (290.000 personas), el 96 por 100 (280.000) son menores de 29 años. Las cifras se triplican los fines de semana. El 3 por 100 de la población española con edades comprendidas entre los 15 y 30 años (9,3 millones) bebe en exceso. El 36 por 100 de la población que se inicia en el alcohol tiene menos de 16 años. Aunque la ingesta diaria de alcohol disminuye en un 1,7 por 100 aumenta en un 7 por 100 el número de jóvenes bebedores en fin de semana. Ante esto no cabe

la negación sino la reflexión y la búsqueda de soluciones. Debemos preguntarnos por qué bebe y de quién es la responsabilidad de estos sujetos frágiles.

Una sociedad demasiado tolerante con el alcohol

LA reflexión sobre el alcoholismo juvenil nos lleva, necesariamente, a la consideración del consumo alcohólico de la sociedad adulta. Amador Schüller afirma que el alcoholismo o alcohol-dependencia es uno de los problemas sanitarios mundiales más trascendentales. La distinción entre abuso del alcohol y alcoholismo carece de importancia, en opinión de este autor. En muchos que abusan del alcohol existe adicción física o psíquica. Ya en 1976, la XXIX Asamblea de la OMS definía la dependencia alcohólica **como un estado psíquico y a veces psíquico, caracterizado por una conducta y varias respuestas con compulsión para beber alcohol de forma periódica y continua con el fin de experimentar efectos psíquicos, algunas veces para evitar las molestias de la abstinencia.** Alonso Fernández considera que la dependencia se labra en meses y años hasta que **se pierde la libertad de decisión para dejar de beber en un momento dado y durante varios días.** Distingue cuatro categorías de alcohólicos crónicos que se corresponden con estados por los que imperceptiblemente puede avanzar el joven.

Los bebedores diarios de alcohol constituyen el 12,7 por 100 de la sociedad; los ocasionales un 60,7 por 100; un 39 por 100 son consumidores habituales que lo hacen entre semana. Alfonso Fernández estima el número de alcohólicos en unos tres millones de españoles, o por medio del porcentaje con relación a la población adulta, índice conocido como prevalencia puntual, fijado en torno al 17 por 100, o sea uno por cada seis personas adultas. Con

tasas muy similares a las de Francia, Italia y Portugal, España se ubica entre los países más permisivos en el consumo de alcohol. Para quienes todavía no aceptan que alcohol y volante son incompatibles, estos datos: en la muertes por accidente de tráfico, el 46 por 100 dio positivo en los controles de alcoholemia. Con respecto al año anterior la incidencia del alcohol en los accidentes de tráfico se ha incrementado en un 14 por 100. Otra de las asociaciones perniciosas en las que interviene la alcoholemia se refiere al mundo laboral. Pese a que el consumo en este ámbito ha descendido en los últimos 10 años en un 40 por 100, casi dos millones de personas declaran consumir habitualmente alcohol en sus lugares de trabajo. El consumo de alcohol tiene que ver también con la violencia de grupos e individuos los fines de semana, en torno a las discotecas, en lugares públicos de reunión, con ataques xenófobos a víctimas indefensas.

TODO esto representa un serio peligro. La Agrupación de Tráfico de la Guardia Civil afirma que de los 18 millones de españoles que tienen permiso de conducir, cerca de un millón «podría estar conduciendo en un momento determinado con tasas de alcohol superiores a las permitidas». Las encuestas indican que el 53 por 100 de los españoles considera que tomarse seis copas no supone ningún problema. Más todavía, permanece arraigado en el inconsciente colectivo el mito del poder estimulante, asociado al ingenio y a la diversión, del «in vino veritas» de los antiguos. Quien prescinde del alcohol en una fiesta es tachado de aburrido, incordiante, aguafiestas. No estamos solos: según un estudio de 1991, en Francia es aceptado más fácilmente el bebedor que el abstemio. Esta presión del otro es una de las vías de acceso al alcoholismo de muchos jóvenes que, para no ser rechazados por su grupo de amigos, terminan sucumbiendo.

Fragilidad familiar y social

PARA comprender la personalidad del alcohólico debemos atender a su relación con las personas, con la sociedad, con las cosas, y en este último caso, de modo especial con el alcohol. En la etiología del alcoholismo, la psiquiatría incluye como primera causa el influjo recibido por parte de sus familiares, sobre todo del progenitor del mismo sexo, en forma de una postura agresiva o distanciamiento frío, con una privación de afecto y la marca de un exagerado temor respetuoso. En segundo orden, interviene como causa un ambiente familiar sórdido, egoísta y autista o inestable (Alonso Fernández).

La personalidad alcohólica recibe diversas valoraciones. Unos sostienen su tendencia inherente al mal. Otros en cambio defienden precisamente lo contrario y luchan contra la victimización del alcoholómano que, si se encuentra en un medio familiar hostil, suele ser el más generoso y altruista, el que más se siente profundamente perturbado y el que, en consecuencia —siempre en opinión de los expertos— posee una personalidad intrínsecamente buena y valiosa, con un excelente caudal ético humano desaprovechado por los demás y corrompido por el ambiente. La debilidad de su yo le induce a transformarse en una personalidad amorfa y contraída que buscará su redención en el alcohol. Familias rotas, padres ausentes, jóvenes abandonados son climas que favorecen el alcoholismo juvenil. Y desde el momento en que la ecuación alcohol = placer/desinhibición se cumple, surge el peligro de la adicción. Niños y jóvenes adolescentes en edad escolar no sólo se encuentran desprotegidos frente al riesgo sino que son sus víctimas predilectas. El alcohol es una forma de superar el trauma de la soledad, la frustración.

Fragilidad física y psicológica

CUANDO un joven se inicia en el camino de la alcoholemia no es consciente de su propia fragilidad. ¿Quién le advierte del peligro? Los menores de 21 años tienen muchas menos defensas orgánicas y psicológicas que los adultos. Una única incursión en el alcohol puede crear en ellos cuadros orgánicos irreversibles, como la atrofia testicular o la hepatitis alcohólica. El cortejo de patologías y afectaciones del consumo crónico de alcohol es inabarcable: cardiovasculares (miocardiopatía dilatada alcohólica, arritmias, cardiopatía hipertensiva o isquémica, etc.); endocrinometabólicas (hipergonadismo, impotencia sexual, etc.); hepáticas (hepatitis alcohólica, cirrosis, coma hepático...); gastrointestinales (pancreatitis agudas y crónicas, de suma gravedad); del sistema respiratorio (la disminución del estímulo central sobre la respiración puede causar depresión respiratoria durante el sueño y hasta la muerte súbita). Por la inmadurez de su sistema nervioso central, la fragilidad psicológica frente a la dependencia es mayor: ésta se inicia con las primeras experiencias alcohólicas. Las alteraciones bioquímicas posteriores, con destrucción neuronal, pueden producir daños irreparables: reacciones esquizoides, depresiones, ciclotimias, desórdenes afectivos, ansiedad, psicosis y hasta demencia. Paradójicamente el joven que busca liberarse con el alcohol cae en la adicción a causa de la pérdida de libertad para decidir que hay que dejar de beber: un círculo peligroso que lo lleva a seguir bebiendo sin límite. No cuenta con voluntad ni criterio para detenerse. Si a estos efectos se unen los de otras drogas, a las que su estado de creciente insatisfacción los lleva fácilmente, el resultado de todo ello es una bomba de efectos imprevisibles.

En la búsqueda de soluciones (urgentes)

ES necesario reducir la tolerancia con el alcohol y generar entre los jóvenes una cultura de la salud. La Comunidad Europea se plantea la adopción de nuevas medidas preventivas, entre ellas, la de vender o regalar el alcohol a los menores de 21 años. Hoy día el alcohol se puede adquirir no sólo en los bares sino en «inofensivas» tiendas de alimentación. El control exterior de las fuerzas de orden público es imprescindible y ha de llegar, no sólo a bares, sino a plazas y parques públicos. Para tomar medidas no hay que esperar a que se colapsen los servicios del SAMUR. Aun a riesgo de la disminución de beneficios económicos, es claro que la salud de los jóvenes es valor prioritario. Se piensa en bajar a cero la tasa de alcoholemia permitida, y aunque la medida parezca a algunos escandalosa, debemos recordar que Italia, tan ligada a la cultura mediterránea del vino, tomó esa medida. Idéntica tasa «0» tienen Bulgaria, Hungría y Polonia entre otros.

Pero estas medidas poco o nada significarán si no se enmarcan en un urgente proyecto de educación para la salud. Y la prevención en este caso es muy importante. Es fácil echar sin más la culpa a los jóvenes, pero se ha de reconocer que, en las raíces de su alcoholismo se percibe una escasa educación emocional-sentimental y una falta de equilibrio y armonía personal. Padres aparentemente normales proporcionan dinero a cambio de buenas notas sin preocuparse por el empleo que sus hijos dan a ese dinero. Los jóvenes alcohólicos de fin de semana no son delincuentes. El problema es recuperarlos y darles alternativas a su ocio. Por los varios aspectos de la alcoholemia juvenil, un esfuerzo aislado estaría condenado al fracaso. Es preciso un programa de salud sistemático, desarrollado desde la escuela o el instituto con el compromiso de los organismos correspondientes:

Ministerios y Concejalías de Educación, de Salud y de Asistencia Social. Como parte fundamental de este programa debe reeducarse al joven para que encuentre otras alternativas para ocupar su tiempo libre de fin de semana. El deporte, la lectura, la naturaleza, el arte, sólo pueden ser apreciados en la medida en que el joven los perciba como valores. Forman parte de esa educación emocional, humanística, de la que muchos desgraciadamente están ayunos. Se ha llegado a una situación tal que, al igual que se burlan del abstemio, se burlan del «pringao» que prefiere leer literatura o acudir a una exposición o representación teatral.

LOS jóvenes son todavía arcilla fresca que pide a gritos —también con sus gestos alcohólicos descontrolados— comprensión, educación y atención. Su ductilidad frente a los estímulos exteriores ha de ser aprovechada para la recepción de mensajes saludables y formación de nuevos hábitos de vida. Tal vez nos toque también a nosotros reeducarnos. Pero es nuestro deber y nuestra responsabilidad.